

nes de su padre, las desgracias de su madre y las asperezas del celibato; obligada á perseguir las más nobles almas y á tronchar las más caras cabezas; lanzada á las aberraciones de la manía, como el terror de la muerte, la creencia en la magia, el ansia de amontonar adornos; reservada, en fin, á una muerte sin consuelo y sin dignidad.

¿Por qué pues, desde su arribo á Londres, se apresta Felipe á tomar la defensa de su cuñada? (1) Noailles, siempre suspicaz y burlon, cree que el emperador quería hacer de Isabel un instrumento para que no se le escapara aquella corona en el caso de que la reina no tuviera sucesion (2), y que Felipe quería prepararse contra un accidente, si sucedía, como muchos temían, que la reina su esposa no pudiera librar bien de su embarazo (3). Es probable, sobre todo, que los españoles no hicieron correr á Isabel la suerte de Juana Grey temiendo robustecer los derechos de la tercera heredera, María Estuardo.

María Estuardo era verdaderamente francesa, sobrina del duque de Guisa que acababa de defender á Metz, educada al cuidado de nuestro Enrique II, que la destinaba á su primogénito. Para alejar del trono de Inglaterra á esta princesa, francesa y católica, no veía Felipe, despues de su esposa, más que á la protestante Isabel; y en sus primeras previsiones de la famosa rivalidad entre María Estuardo é Isabel, comenzaba Felipe á descuidar los intereses religiosos, ántes que dar ventajas á los intereses de Francia. Poníase de parte de la princesa, que era la esperanza de los protestantes y aparentaba creer en la sinceridad de su conversion. Su intervencion en favor de Isabel se revela tan claramente, que más tarde (4) hubo de disculparse de haber querido preparar la sucesion de esta princesa al trono y pretendió dar en rostro á los franceses con la reconvenccion de haber intentado inducir á su perdicion comprometiéndola en conspiraciones peligrosas para dejar así libre el campo á la reina de Escocia. Los consejos del príncipe de Orange, que estuvo casi siempre en Londres al lado de Felipe, contribuyeron también á salvar á Isabel. El conde Ludovico, hermano del príncipe de

(1) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 293.

(2) *Corresp. de Noailles*, tom. III, pág. 236.

(3) *Ibid.* tom. IV, pág. 82.

(4) *Herrera*, tom. I, pág. 10. «Metiéndola en estos trabajos para que muriendo, quedase desembarazada la sucesion á la reina de Escocia.» *Aubrey du Maurier*, *Memorias*: «La reina Isabel dijo una vez á mi padre que debía la vida al rey Felipe II.»

Orange, creyó mucho tiempo en la gratitud que debía guardarles esta princesa «por los señalados servicios que en otro tiempo recibiera para la conservacion de su vida» (5).

Con todo eso, sólo despues de haber logrado la suspension de las ejecuciones de los herejes, pudo obtener Felipe para la princesa la vénia de salir de Woodstock y presentarse en el palacio de Hamptoncourt. Dispuso que se la alojara allí en las habitaciones del duque de Alba, que acababa de partir, y fué á verla dos veces en secreto, ántes de haber podido decidir á su esposa á recibirla. Estas visitas del rey á su cuñada quedaron ignoradas de todos los contemporáneos, salvo el embajador veneciano y nuestro Noailles, que acechaban los menores movimientos de Felipe (6). Fueron igualmente los que primero observaron la singular fascinacion que ejercía Isabel en el ánimo de su cuñado y el apasionado ardor con que la defendía á contar desde estas misteriosas entrevistas (7). Píntase á Isabel en aquella época llena de seducciones (8), alta y bien formada, y de color moreno pálido que recordaba el de las mujeres del Mediodía; tenía unas manos notablemente bellas, lo que era más raro en Inglaterra que en España, donde las damas las llevaban calzadas siempre de guantes. Su hermana no tenía al parecer celos de ella, despues de su reconciliacion, pues le recomendaba estar vestida lo más ricamente que pudiera cada y cuando fuera á verla su marido (9). Mas por otra parte no dejaba de tener motivos de inquietud. En vano recurria ella también á los artificios del tocador, á los vestidos de cola, á las mangas acuchilladas, á los bordados de oro y plata, á las joyas en la garganta y en el pelo (10); no podía impedir que su esposo perdiera todo su prestigio á los ojos de los ingleses, por el poco caso que hacia de ella. No era más fiel tampoco á su esposa española Isabel Osorio, y cantábanse en las calles sus aventuras con la hija de un panadero:

(5) *La Huguerye, Memorias*, tom. I, pág. 86.

(6) *Carta inédita de Noailles*, encontrada en los archivos de negocios extranjeros y citada por Wiessener, *la Juventud de Isabel*, p. 311. Véase también la carta de Giovanni Michieli del 6 de mayo de 1555. al dux. «Non essendo fin ora stata veduta á' alcuno, eccetto che una o due volte da questa Maestá per vie secreta.»

(7) Noailles al rey, 26 de dic. de 1554, *Col. de Vertot*, tom. IV, pág. 82; Giovanni Michieli al dux, 29 de abril de 1555.

(8) *Giovanni Michieli*. «E più tosto graziosa che bella; di persona grande et ben formata, olivastra de complexione, belli occhi, et sopra tutto, bella mano.»

(9) Carta inédita de Noailles, descubierta y citada por Wiessener.

(10) Ms. Rec. of., Ven. pap., Giacomo Soranzo, n.º 937 del 18 de agosto de 1554.

The baker's daughter in her russet gown  
Better than queen Mary without her crown (1).

También habia querido dirigir sus galanterías á la hermosa Magdalena Dacre. Era esta una doncella de honor de su esposa, recia, vigorosa y tan alta que les llevaba la cabeza á todas las damas de la corte. Una mañana hubo de ser sorprendida en su tocador, con todo el busto descubierto, por el rey Felipe, que habia notado que el aposento de la doncella tenia una ventana al corredor, en Hamptoncourt, y empujando bonitamente la vidriera, metió el brazo. La robusta inglesa asíó luégo al punto una escoba y golpeó con ella el intruso brazo con tal y tanto garbo, que tuvo el rey que retirarlo asaz mohino (2).

Entre tanto la reina pensaba en su alumbramiento, disponia la cuna, buscaba nodrizas, preparaba hasta las cartas que anunciaran á los soberanos de Europa al advenimiento del hijo milagroso. La intervencion de la Providencia estaba demasiado manifiesta para que no fuera un príncipe el fruto de bendicion: las mismas cartas lo dicen. «El dichoso alumbramiento de un príncipe por lo que damos gracias humildemente á Dios (3).» Pasaron los meses y los dolores comenzaron al parecer. A esta nueva se echaron á vuelo todas las campanas de Londres, se iluminaron las ventanas, hicieron salvas los buques; se canta un solemne *Te-Deum* en San Pablo, los sermones atraen á los fieles á las iglesias (4), y los sacerdotes reunidos en Hamptoncourt recitan eternas pécres junto á la cámara de la reina. Al cabo de algunas noches, se cansan: la crisis se prolonga; y todos se inquietan y asombran y nadie se atreve á decir á la real parturienta que aquella preñez es falsa y sólo efecto de una rara enfermedad. Pasan algunas semanas, María sigue esperando su alumbramiento y permanece doliente, reclusa y con las facciones descompuestas; «de día pasa muchas veces sentada largo tiempo en el suelo con las rodillas á la altura de la cabeza (5);» y estropea dos páginas particulares de su libro de oraciones, á fuerza de leerlas y de estrujarlas entre sus dedos convulsos. El libro existe todavía arrugado y sucio en la hoja que contiene la

(1) *Strype, Memorials*, tom. II, pág. 344. Original papers from Foxe's manuscripts.

(2) Casóse en el reinado siguiente con el vizconde de Montague.—R. Smith. *Life of Maeda/en Dacre, viscountess of Montague*.

(3) Muchos ejemplares de estas cartas, con la fecha y el nombre del destinatario en blanco, existen aún en los archivos ingleses anunciando «the happy deliverance of a prince.»

(4) Noailles á Montmorency, 30 de abril de 1555.

(5) Noailles á Montmorency, tom. IV, pág. 342.

oracion relativa á las parturientas y en la que se refiere á la unidad de la Iglesia (6). Su esposo habla ya de su partida para volver á los Países Bajos y no cede sino á las instancias de Simon Renard. Ella ha soñado ser amada; siéntese aislada entre su marido español y sus súbditos ingleses; no ve más que ingratitudes. Todo le hace traicion ó la abandona. Dios no realiza el milagro que le parecia tan cierto, no le da el hijo prometido. ¿Qué ha hecho para no merecerlo? Es castigada porque ha cesado de perseguir á los herejes. El obispo de Londres, Bonner, se lo hace creer



Moneda de Felipe II (reino de Nápoles)

así; ha cometido el crimen de Saul, que se negaba á exterminar á los amalecitas; y luégo al punto da la órden de continuar la persecucion. Cincuenta personas son quemadas vivas en los tres meses que siguen á su decepcion; abre otra vez su corazon á la esperanza y por espacio de estos tres meses sigue aguardando al hijo suspirado.

Felipe, que ha renunciado desde luégo á esta ilusion, convierte ya los ojos á sus demás Estados: despues de Nápoles y Sicilia le ha cedido su padre el Milanesado, de que hace tomar posesion en su nombre á su embajador en Venecia «D. Luis de Córdoba» el cual recibe en esta ocasion de la república una cadena de oro por valor de trescientas coronas (7). Lleva también su pretension á adjudicarse el territorio de Siena que acaba de arrebatare á los franceses y «que le convendria para defender mejor los otros Esta-

(6) Ms. Sloane, 1583, f.º 15. Véase también Stevenson, prólogo del Catálogo de los manuscritos foreign Mary, pág. 73.

(7) Ms. Rec. of., Ven. pap., n.º 950, del 12 de octubre de 1554.

dos de que el emperador le ha hecho donación (1).» Pero su padre se dispone á ir poniendo en sus manos, reino á reino, durante los últimos meses del año 1555, la totalidad de sus posesiones. Anúnciale sus propósitos de abdicación y lo llama á Bruselas.

Dispuesto á aprovechar esta ocasión para huir de Inglaterra, embárcase luego Felipe (2), siendo desgarradora para la pobre reina la escena de la despedida. María llora viendo á Felipe besar una á una á las damas de honor; luego bajar la escalera; y puesta de codos á una ventana sigue, en fin, con los ojos turbados por las lágrimas, la barca que se aleja por el Támesis (3). Si Felipe tiene la caridad de ocultar su prisa de

abandonarla, comete en cambio la torpeza de dejársela conocer á sus enemigos; los navíos franceses cogieron algunos días después las cartas que escribió en España (4). Nosotros no las tenemos ya, pero el protonotario Noailles, que las leyó en Fontainebleau, avisa á su hermano que según aquellas cartas, la reina hechizó tanto á aquel buen mozo de príncipe, su marido, que le había hecho creer, por espacio de un año entero, que estaba en cinta para retenerlo á su lado; por lo cual se halla ahora tan confuso y corrido que ha deliberado no volver, prometiendo á todos sus criados que, si puede verse otra vez en España, no saldrá de ella en tan mala ocasión.

### CAPÍTULO III

#### RIVALIDAD ENTRE FELIPE II Y ENRIQUE II.—1555-1559

ABDICACION DE CARLOS V.—GUERRA CONTRA LA SANTA SEDE.—DECLÁRASE INGLATERRA CONTRA ENRIQUE II.—BATALLA DE SAN QUINTIN.—PÉRDIDA DE SAN QUINTIN.—TOMA DE CALAIS.—CONFERENCIAS DE CERCAMP.—MUERTE DE MARÍA TUDOR.—PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.—VANIDAD DE LOS PROYECTOS DE CONCIERTO CONTRA LA HEREJÍA.

##### I.—Abdicación de Carlos V

Tiempo hacia que Carlos V estaba preparando su retiro al monasterio de Yuste, y cuando llegó Felipe á los Países Bajos, acababa él de convocar á la nobleza y á los diputados de las ciudades para la solemne ceremonia de su abdicación en Bruselas.

Esta renuncia del poder hubo de ser motivada por la senectud precoz que consumía al grande emperador. Después de haber removido á Europa y dirigido la conquista de América, el hombre se sentía desfallecer, reconocíase impotente para el gran trabajo de gobernar tales y tantos Estados en medio de la multitud innúmera de peligros interiores y de enemigos muy á menudo afortunados. No tenía, sin embargo, mas que cincuenta y cinco años; pero los hombres de guerra envejecían presto en el siglo XVI: los excesos de fatiga durante las campañas ó los viajes y la privación completa, ó poco menos, de higiene,

(1) Felipe á Granvela, 4 de julio de 1555. «Conviene á la defensa de los Estados de que S. M. me ha hecho merced.»

(2) El 29 de agosto de 1555.

(3) Todos estos pormenores están anotados por un testigo, Giovanni Michieli, carta al dux, del 3 de setiembre de 1555.

gastaban rápidamente los temperamentos más robustos. Francisco I y Claudio de Guisa estaban decrepitos á los cincuenta años; Brisac á los cincuenta y siete, quebrantado de achaques, sólo arrastraba días de doliente ancianidad (5). Hubiérase podido creer que Carlos V se eximiría de esta ley, como el condestable de Montmorency, por el vigor de su constitución: había sido el primer jinete de su tiempo (6) y se había hecho notable en los circos lidiando toros (7); pero desde la edad de treinta años, comenzó á molestarle la gota (8), cuyos ataques se hicieron luego muy frecuentes y le obligaron á permanecer encerrado, á negarse á dar audiencias y á mirar con repugnancia la más ligera aplicación á cosas serias. Hasta hubo de estar una vez nueve meses sin poder firmar, lo que revelaba una gran postración intelectual (9), especialmente para

(4) Correspondencia de Noailles, tom. V, pág. 136.

(5) Brantome, *Hombres ilustres*. Véase también Guill. de Rochecouart, *Memorias*, pág. 604; dice que se vió obligado á dejar el servicio del rey á los cincuenta y ocho años á causa de su vejez.

(6) Vera y Figueroa, *Epítome de Carlos V*, pág. 262.

(7) Relaz. ven. Marino Cavalli, y Contarini. (Alberi, serie primera, tom. II, pág. 60 y 212.)

(8) *Sepúlveda*, tom. II, pág. 528.

(9) *Ibid.*, pág. 539, Matriti, 1780. «Non sine suspitione mentis imminuitæ.»

aquellos que veían de cerca la acumulación de expedientes y la urgencia de las decisiones. Bien probó cuán poco habitual le había sido esta inercia recordando á los caballeros del Toison de oro, cuando les hizo reconocer á su hijo Felipe, como gran maestre (1) de la orden, que había ido nueve veces á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra y otras dos á Africa: luego anunció su último viaje para ir á sepultarse á Yuste (2).

Tres días después se consumó este acto de su abdicación (3). De pié, apoyado en el hombro del joven príncipe de Orange, teniendo á su lado

á sus dos hermanas, María, reina de Hungría, y Leonor, reina de Francia, resumió en francés á los flamencos reunidos sus cuarenta años de reinado, sus batallas, sus luchas contra los musulmanes, su gran necesidad de reposo. Volvióse luego á su hijo y «Temed á Dios, le dijo, buscad la justicia, respetad las leyes, protegéd la fe.» Y fué interrumpido por los sollozos de todos los circunstantes: él mismo se enterneció y se sentó quebrantado por la emoción.

«Señores, dijo entonces Felipe, que había conservado toda su serenidad, quisiera saber hablar mejor la lengua de este país (4) á fin de haceros comprender perfectamente el afecto y



Moneda de Felipe II (ducado de Milan)

estimación que os tengo; pero como no sé expresarme tan bien como sería necesario, cedo la palabra al obispo de Arras que lo hará por mí (5).» El obispo leyó un discurso, la reina de Hungría dimitió el gobierno de los Países Bajos que venía ejerciendo de veinte años atrás y volvieron á comenzar los llantos. Los flamencos que veían partir á un príncipe nacido y criado entre ellos, conocedor de sus intereses, acostumbrado á escuchar á su aristocracia, tuvieron como un presentimiento de los males que les reservaba el nuevo reinado. Se tranquilizaron, sin embargo, por la solemidad y repetición de los juramentos que prestó el joven soberano, pues cada provincia hubo de hacerle jurar el respeto de sus leyes especiales: el Henao, por ejemplo, no lo reconoció por su conde sino después de haberlo

(1) Mignet, *Carlos V, su abdicación, su retiro*, pág. 97.

(2) El poeta español Espronceda (*El Diablo-mundo*) dice también:

*Y es la historia del hombre y su locura  
una estrecha y hedionda sepultura.*

(3) El viernes 25 de octubre de 1555. Véase el acta oficial. *Doc. inéd.*, tom. VII, pág. 524; y Granvela, tom. IV, pág. 486. No puede haber ya duda sobre la fecha.

(4) Noailles, tom. III, pág. 310, había notado ya que Felipe mal que bien comprendía el francés, pero no lo hablaba. Después se verá cómo escribía Felipe de su puño y letra en las cartas francesas: «Hágaseme una versión en castellano.»

(5) Leti, lib. X, pág. 242.

visto jurar «en presencia de los señores de sus Estados y de las reliquias de santa Wauldrud y de las religiosas del capítulo de santa Wauldrud y poniendo la mano en la cabeza y en el cuerpo de santa Wauldrud, que defendería y guardaría las franquicias, privilegios y usos de las iglesias, nobles y buenas ciudades, y á todos los de este país guardaría y mantendría por la ley y juicio de los pares y hombres de feudo y por los puntos contenidos en sus constituciones» (6).

El 16 de enero siguiente (7), Carlos V hizo renuncia de las coronas de Castilla y Aragón. Conservó sin embargo el título de emperador dos años más (8), y pudo antes de embarcarse ratificar una tregua de cinco años ajustada en Vaucelles con Francia. Sus manos trémulas y entorpecidas por la gota apenas pudieron romper el sello de las cartas del rey Enrique II, que le llevaba Coligny (9); con todo, había querido organizar por sí mismo los preparativos necesarios para solemnizar este acto que dejaba

(6) *Com. roy. d'hist.*, tom. IV, de 1852, pág. 353.

(7) El 16 de enero de 1556.

(8) Hasta el 28 de febrero de 1558. Este retardo fué debido sobre todo á los trámites exigidos por la Dieta para proceder á la elección del nuevo emperador Fernando. (*Doc. inéd.*, tom. II, pág. 421. Carta de Fernando á Felipe, 24 de mayo de 1556.)

(9) Mignet, *Carlos V, su abdicación*, pág. 114.